

Música

DE INCONCLUSAS Y OTRAS COSAS

Por Juan Arturo Brennan

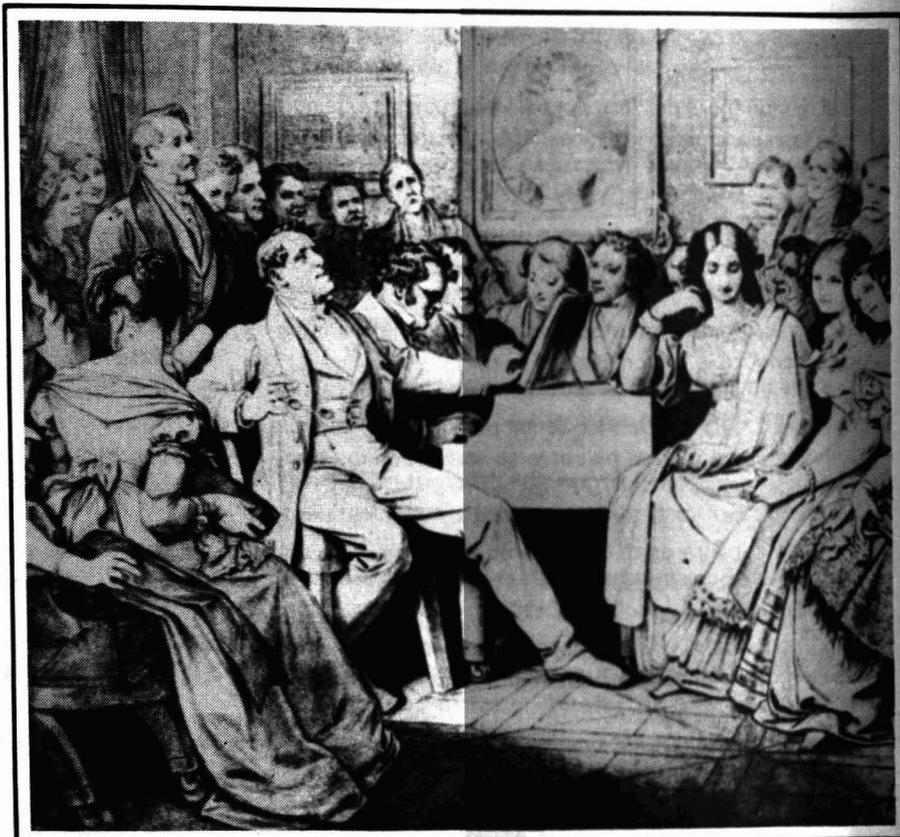
El anecdotario musical de todos los tiempos está lleno de interesantes, en ocasiones dramáticas, historias de compositores que por una razón u otra dejaron tal o cual obra inconclusa. Esta situación es evidentemente ideal para dar paso a la leyenda y a la fantasía, lo cual no está del todo mal. ¿Qué sería de la historia musical sin un poco de leyenda y fantasía? Sin embargo, ha sucedido con frecuencia que este asunto de las obras musicales sin terminar genera falsedades e interpretaciones erróneas que impiden al melómano acercarse con mayor precisión al fenómeno musical. Como ejemplos de famosas obras inconclusas tenemos, en el campo de la ópera, *Los cuentos de Hoffmann*, que fuera terminada por Ernest Guiraud sobre las líneas musicales de Jacques Offenbach; *Turandot*, de Puccini, terminada por Franco Alfano; *Lulú*, de Alban Berg, terminada por Friedrich Cerha. Existen también varias famosas sinfonías inconclusas, sobre las cuales se han generado asuntos musicológicos muy interesantes.

Por supuesto, la gran inconclusa es la octava sinfonía de Schubert, respecto a la cual siguen corriendo rumores más o menos falsos. Hace unas semanas, por ejemplo, la revista *Tiempo Libre* publicaba una reseña sobre una grabación reciente de la *Sinfonía inconclusa*, en la que el autor afirmaba que la obra había quedado inacabada por la muerte de Schubert. Esta idea está muy difundida, y resulta plenamente errónea. La verdad es que, en el año de 1823, Schubert fue admitido como miembro honorario de una sociedad musical austriaca, ocasión para la cual entregó a la sociedad el manuscrito de lo que hoy conocemos como su *Sinfonía inconclusa*. Es claro que si Schubert entregó sólo dos movimientos, es porque consideraba que con esos dos movimientos sinfónicos su obra quedaba concluida. Schubert vivió

todavía otros cinco años, y hasta su muerte en 1828, nunca volvió a saber nada de su sinfonía, ni se preocupó por completarla, si es que algo faltaba por completar. Fue hasta 1860 que alguien se interesó en rescatar el manuscrito de la sinfonía de Schubert, y después de varios olvidos y posposiciones, la *Inconclusa* de Schubert fue estrenada en Viena el 17 de diciembre de 1865, bajo la dirección de Johann Herbeck. Habían pasado 37 años desde la muerte de Schubert, y 43 desde que el compositor iniciara la composición de la obra. Hasta

dio tiempo de hacer una rápida visita a la ciudad de Leyden, donde tuvo algunas sesiones psicoanalíticas con Sigmund Freud, sesiones que aparentemente restauraron parcialmente el equilibrio de sus relaciones matrimoniales.

En el verano de 1910, Mahler comenzó a componer su décima sinfonía, trabajo que se vio interrumpido por la que habría de ser su última gira de conciertos en los Estados Unidos, iniciada en noviembre de ese año. Las fricciones con la orquesta de Nueva York agravaron el estado de Mahler, y en febrero de



Velada Schubert en Casa de Joseph von Spacen

la fecha, a nadie se le ha ocurrido *completar* la *Inconclusa* de Schubert, y con razón, porque la obra está ya en su forma definitiva. No hay bosquejos ni apuntes para otros movimientos, ni indicación musicológica alguna que pudiera sugerir que hay más música en esta sinfonía.

Otro caso interesante sobre una sinfonía inconclusa se encuentra en la historia de Gustav Mahler (1865-1911). Entre el verano de 1909 y el mes de abril de 1910, Mahler compuso su novena sinfonía. Por esas fechas, su salud física comenzó a deteriorarse, y su estabilidad mental tuvo algunos lapsos, provocados fundamentalmente por el exceso de trabajo, la crisis de su matrimonio, y sus perennes dudas existenciales. Mahler se

1911 dirigió su último concierto. Agotado y gravemente enfermo, Mahler regresó a Europa, y murió en Viena el 18 de mayo de 1911. Al tiempo de su muerte, se publicó la partitura de su octava sinfonía, la monumental *Sinfonía de los mil*.

¿Qué quedó de la décima sinfonía de Mahler? Sólomente el primer movimiento, un *Adagio* de una intensidad poco común, cuyo contenido musical es un fiel reflejo del estado anímico de Mahler en los últimos meses de su vida. Este *Adagio* de su décima sinfonía suele programarse de vez en cuando en las temporadas de algunas orquestas, y se han hecho varias grabaciones de la pieza, que por lo general complementan algún álbum que contiene la quinta sinfo-



Gustav Mahler

nia, aunque también ha sido grabado en compañía de la sexta y la novena. Pero la historia de la inconclusa de Mahler no quedó ahí. El compositor austriaco Ernst Krenek (nacido en 1900) se casó con Anna, una de las hijas de Mahler, y se dio a la tarea de meterle mano a la décima sinfonía, de la que Mahler había dejado bosquejos suficientes para reconstruirla casi en su totalidad. Krenek completó dos movimientos de la sinfonía, que fueron interpretados en 1924, y aparentemente, olvidados durante mucho tiempo. Varias décadas más tarde, el musicólogo inglés Deryck Cooke abordó la misma labor, con mayor seriedad y vocación, y realizó una versión completa de la décima de Mahler, en cinco movimientos. Esta versión fue

transmitida en un programa radial de la B.B.C. de Londres en 1961, para gran asombro y emoción de los amantes de la música de Mahler. Sin embargo, a la viuda de Mahler pareció no agradaarle la idea, ni la música, porque valiéndose de sus derechos legales, prohibió que la sinfonía terminada por Cooke volviera a interpretarse. Al paso del tiempo, sin embargo, Alma Mahler cambió de opinión, y lo reconoció abiertamente en una carta en la que daba su consentimiento no sólo para que la sinfonía se interpretara, sino también para su grabación. Al parecer, una de las razones de este cambio fue el que Alma Mahler escuchara la versión de Wyn Morris a la décima sinfonía del compositor. Fue justamente Wyn Morris, dirigiendo a la Nueva Orquesta Filarmónica de Londres, el encargado de dar al mundo la primera grabación completa de la décima sinfonía de Gustav Mahler, en la versión terminada por Deryck Cooke. ¿Y qué hay en esta sinfonía? Los puristas absolutos afirman que no es la música de Mahler, sino la de Cooke, pero tienden a olvidar que Cooke no inventó los otros cuatro movimientos, sino que se basó en bosquejos que no sólo estaban armónica y contrapuntísticamente bastante avanzados, sino que contenían valiosas indicaciones sobre la instrumentación. El caso es que, desde el punto de vista sonoro, esta décima sinfonía tiene el sello inconfundible de Mahler, y es una obra muy conmovedora y de gran poder dramático. En la actualidad, además de la versión de Morris, existen grabaciones completas realizadas por James Levine, Georg Solti y Eugene Ormandy.

Nuestro tercer caso de sinfonías inconclusas se refiere a otro compositor austriaco: Anton Bruckner (1824-1896). Hoy conocemos, teóricamente, nueve sinfonías de Bruckner, aunque en realidad son once. Antes de escribir la que hoy conocemos como su primera sinfonía, que data de 1866, Bruckner había hecho dos intentos previos: una sinfonía en fa menor, llamada *Sinfonía de estudio*, de 1863; y la que hoy es conocida como la *Sinfonía No. 0*, escrita en 1864. Ambas obras son típicamente brucknerianas, y de ambas existen buenas grabaciones. Después de ellas, Bruckner compuso otras nueve sinfonías, la mayor parte de las cuales fueron revisadas repetidamente por el compositor y, después de su muerte, por sus bienintencionados amigos y discípulos, que sólo



Franz Schubert

consiguieron crear un pequeño caos en la musicología bruckneriana. Al escuchar en disco o en concierto una sinfonía de Bruckner, se hace indispensable indagar si se está escuchando la versión original, o una de las revisiones del propio Bruckner, o la revisión realizada por Haas, Nowak, Redlich, Löwe, Orel o algún otro editor posterior.

El caso es que Bruckner compuso los tres primeros movimientos de su novena sinfonía entre 1887 y 1894. La muerte llegó en 1896, y del último movimiento sobrevivieron solamente los bosquejos. En distintos momentos, Ferdinand Löwe, Alfred Orel y Leopold Nowak hicieron revisiones de la partitura, y los bosquejos del cuarto movimiento (que aparentemente debía ser

una gran forma sonata, complementada quizá con una doble fuga) fueron publicadas en 1934. La novena sinfonía de Bruckner está dedicada, típicamente, a Dios, y el tercer movimiento, el *Adagio* que hasta hoy ocupa el final de la sinfonía, lleva el subtítulo *Despedida de la vida*. Hay datos que indican que, sintiendo la cercanía de la muerte, Bruckner expresó su deseo de que las interpretaciones de su novena sinfonía fueran realizadas con su *Te Deum* (1881) como cuarto movimiento. Con ello, además de dar una conclusión a su obra, Bruckner apuntaba sin duda a un homenaje póstumo a su admirado Beethoven y su propia novena sinfonía. Aparentemente, esto ya no será necesario, porque ésta es otra sinfonía inconclusa que ya no está inconclusa.

Por medio de Luis Herrera de la Fuente me entero de una historia típica del mundo musicológico de hoy. Tal y como sucediera con la inconclusa décima de Mahler, hace poco tiempo se dio el gran paso de completar la novena de Bruckner. En el complicado proceso de obtener los bosquejos originales, o sus copias fieles, de allegarse los datos musicológicos necesarios, y de realizar la tarea de terminar el cuarto movimiento, tuvo mucho que ver el trabajo de Jack Diether, quien fuera amigo cercano de Luis Herrera de la Fuente y, hasta su reciente muerte, editor de la revista *Chord and Dischord*, órgano oficial de la Sociedad Bruckner de los Estados Unidos. La labor específica de terminar la inconclusa de Bruckner fue realizada por el compositor William Carragan.

Como suele suceder en estos casos, un acorde vale más que mil palabras, y la recién terminada novena sinfonía de Bruckner hace su aparición entre nosotros. Luis Herrera de la Fuente figura como director huésped de la Orquesta Filarmónica de la UNAM para el par de conciertos de la última semana del mes de abril de este 1987.

La novena sinfonía de Bruckner ha de interpretarse en ese programa; la Sala Nezahualcóyotl tiene entonces el privilegio de ser apenas la tercera sala de conciertos en el mundo, en la que se escucha ese cuarto movimiento de la obra. Para quienes aman la música de Anton Bruckner (quien esto escribe confiesa entusiastamente estar entre ellos), la audición de la obra completa quedará sin duda como un evento musical singular, digno de ser recordado por muchos años. ◇

Teatro

TEATRO EXPERIMENTAL EN NUESTROS DÍAS

Por María Muro

Respecto a lo que es y debe ser el teatro experimental existen diversos puntos de vista. Personas y grupos han hecho y pretenden hacer un teatro innovador en el siglo presente, sobre todo en varios centros teatrales europeos, los que han tenido influencia en Estados Unidos, en algunas repúblicas de la Unión Soviética y de los países satélites, o en América Latina, tal vez sobre todo en Uruguay, Brasil y México. En este contexto la experimentación presenta dos vertientes principales: la primera corresponde a la innovación en cuanto búsqueda espontánea y acción social de rompimiento, rebelde y provocador; la segunda al ejercicio calculado rigurosamente a fin de desencadenar el resultado inesperado del acontecimiento dramático.

Teatro y búsqueda

En la actualidad el teatro experimental es "científico", en la medida en que el rigor

se vuelve exigencia para el teatro que es verdadero, el contemporáneo a nosotros. En este sentido se experimenta en los textos de las nuevas propuestas dramáticas, o en la traducción total, de las propuestas del pasado, de acuerdo a las necesidades críticas de nuestro momento; asimismo, muy especialmente, se experimenta con rigor en las puestas en escena, sin que escapen a lo experimental la dirección escénica, la actuación, la escenografía, en una palabra "el montaje", por el que se comprende al teatro de acuerdo a su totalidad ritual.

Lo que se mira en el escenario es real, verdaderamente cierto, porque ocurre en el momento mismo en que sucede: lo



Valle Inclán

